



La eterna contienda

Para esta persona es grato obtener un cargo que le permite resaltar entre la sociedad y que representa un hito en la historia del Perú, porque apertura la incursión de una minoría sexual en la política nacional. Sin embargo, no es ello lo que más le agrada a este ser, sino el golpe de gran magnitud al enemigo con el que siempre ha luchado y con el que tendrá que lidiar más rounds todavía: el mismo.

Texto y fotos: Marcio Taboada - Estudiante de Comunicación y Periodismo

Ella y Él viven juntos, pero son antagonistas irremediables —la ideología de una de las partes descarta la única cura posible para su separación total—, no se odian a muerte, pero hay una abismal incoherencia entre ellos. Su enlace es biológico, anatómico y familiar. Son hijos de los mismos padre y madre, llevan exactamente el mismo material genético; su anchura y talla no difieren, su color de piel tampoco; el café de sus ojos tiene igual grado de amargor en ambos, sus lunares asumen idéntica forma y ubicación y, con base facial, los dos ocultan las marcas que les dejó un típico acné adolescente.

Luis Alfredo y Luisa Revilla Urcia conforman un solo cuerpo. No son dos organismos unidos en alguna zona específica como un siamés. Son una sola persona, un único ser, que nació Luis —DNI: “sexo: masculino”—, pero nunca se sintió como tal, pues desde que tiene uso de razón hasta la actualidad es “una mujer trans atrapada en un cuerpo de hombre”.

Luis prefiere que le digan Luisa y corrige a quien le habla en masculino. No lo hace en “mala onda”, pero sí con sequedad en la voz. “¡Qué ves! ¡Dime, qué es lo que ves! ¡Cómo me ves!” le increpó a un reportero cuando este le preguntó cómo quería que le llamen.

Es la —en femenino como lo pide— primera regidora transgénero del Perú, la representante política del Movimiento Regional para el Desarrollo con Seguridad y Honradez (partido político liderado por el excoronel y ahora alcalde de Trujillo Elidio Espinoza Quispe) en el distrito de La Esperanza, uno de los lugares en donde se encuentran sectores de pobreza extrema, un alto índice de delincuencia y gran desigualdad social.

Ella, Luisa, asumió el cargo recalcando que lucharía “por una mayor igualdad de derechos en el Perú”, una equivalencia que busca (inconscientemente) desde pequeña. En verdad, una búsqueda de aceptación por parte de la sociedad. Una batalla para que se respete lo que es, lo que son los demás, lo que —piensa— debería ser la vida.

El duelo que Luisa y Luis llevaron durante años —la victoria, casi total, pertenece a la parte femenina— es la representación de su constante labor por obtener la equidad y tolerancia.

En la batalla, Luisa superó a su oponente, en cierto modo a gran escala, el cinco de octubre del 2014 durante las elecciones electorales y municipales.

Irónicamente, de la mano de una persona con cultura castrense —“ser militar es de machos” dicen algunos—, el hombre que siente y vive como mujer le dio un golpe devastador a su enemigo de toda la vida: el mismo.

Era invierno, pero el sol apareció como en cualquier mañana de verano: congelador y desesperante. Los rayos do-

rados daban vida a la naturaleza muerta de un sector de La Esperanza. Las casas, los negocios y la Plaza de Armas adquirieron belleza y el Palacio Municipal quedó atrapado entre un contraste perfecto: sombras y luz en puntos exactos.

Del palacio, como la cenicienta cuando se acaba el efecto de la magia de su hada madrina, salió Luisa Revilla, de luto, aunque no se le había muerto nadie recientemente. No llevaba arreglos ni detalles especiales: la peluca y las pestañas postizas las dejó en casa, un gorro de lana marca Quicksilver (de imitación) ocultaba parte de su cabello natural crispado, tenía puestos un polo y un pantalón holgados, zapatillas deportivas, lentes de medida y un canguro que es de suma importancia, pues es donde lleva su teléfono celular, su dinero y, sobre todo, porque es el accesorio fundamental para esconder su zona pélvica.

A la salida, mientras bajaba del Municipio de la Esperanza, una mujer se le acercó con polladas en una bolsa plástica que cargaba con la mano derecha. Luisa le dio un beso en la mejilla, le dijo unas palabras al oído. La mujer formó un arco en la espalda de la regidora con su brazo izquierdo y le agradeció.

—Déjame una— pidió la regidora. La mujer, sonriendo, le entregó el plato descartable con el pollo a la parrilla y la ensalada, todo dentro de la bolsa. Después de ello la mujer entró en la municipalidad y Luisa, por su parte, siguió bajando los escalones de cemento.

Otras personas se acercaron a Luisa cuando bajaba la última grada, pero ella ya había decidido otorgarme la entrevista que tanto le había estado pidiendo días atrás y con confianza me acerqué esquivando a todos. Ella se despidió de los hombres y mujeres que se le acercaron, pero no se fijó en mí.

—¡Regidora! — le llamé con énfasis. Ella no escuchó. Se disponía a irse. Grité.

—¿Sí? — volteó hacia mí, mientras llevaba el plato de pollada en mano.

—Buenos días, estuve esperándola. Me dijo que venga a esta hora para conversar.

—¡Ah! eras tú. Mira, mi rey, recién acabo de salir de una reunión y estoy full. Te parece si nos vemos el lunes en mi casa, ya que es feriado, pues como sabrás hoy a las cuatro de la tarde es la marcha del orgullo gay y yo estoy encargada de hacer muchas cosas. Estoy atareadísima. Pero aprovecha a ir al desfile, ahí voy a ir como autoridad— dijo y se despidió.

Cruzó la calle y subió a su moto scooter RTM negra, acomodó la bolsa con pollada y se fue dejando una pequeña nube de humo que, a la vista, incrementaba la sensación de calor en el cuerpo.

Eran las cuatro de la tarde, un pintoresco y bullicioso grupo de personas de diferentes edades, sexos, identidad



de género, expresión de género y orientación sexual, empezaban a reunirse en una esquina de la plazuela El Recreo, frente a la construcción de un escenario adornado con telas blancas y rojas, colores de la bandera del país y del APRA, para la llegada de Alán García, quien a las siete de la noche del mismo día haría gala de su “flor” político.

La gente que estaba en la plazuela no miraba el prosencio (si lo hacía era solo por unos segundos), ellos y los transeúntes esporádicos eran atraídos por los colores y las bromas entre los “gays”, “maricones”, “cabros”, “chivos” y “machonas”. Algunos sonreían y otros mostraban gestos de molestia, principalmente los de la tercera edad.

—No respetan nada carajo— dijo un anciano que los miraba desde una banca. Cambió la dirección de su vista hacia sus manos y cerró los ojos en un acto que parecía el escape a lo que conforman sus concepciones morales.

Era el colectivo TGLB (Trans, gays, lesbianas y bisexuales) que alistaban todo para el desfile del orgullo gay (globos, pitos, banderines y banderolas de colores) y esperan a los representantes de cada grupo. Ellos eran los causantes de las miradas y pensamientos de la mayoría de transeúntes.

—Son un mate de risa— le mencionó una mujer mayor a su amiga, mientras sacaba un par de lentes de su cartera —mientras respeten a los demás, no hay problema— y se puso las gafas.

Luisa Revilla Urcía llegó, ella es una de los dirigentes, la más esperada, pues era la encargada de repartir polos y banderas al colectivo Trans. Esa tarde sí traía peluca y aretes largos, estaba maquillada con labial oscuro, rubor y sombras; las pestañas postizas se le notaban, largas, a través de las lunas de sus gafas.

Revilla se movía de un lado a otro acordando como se

realizaría el pasacalles. Agitaba las manos, repartía los polos con el lema “8va marcha por la diversidad” y mandaba besos y abrazos a quienes pasaban cerca —no le importaba si las personas aceptaban sus saludos o los ignoraban—. Llevaba puesta la medalla de regidora (iría como autoridad, recordemos), colgaba sobre su blusa negra muy bien planchada, falda ploma y tacones negros altos. Trataba de ser muy respetuosa, elegante y sobre todo, femenina.

—¡Que viva la fiesta carajo! — gritó alguien de entre el colectivo. Luisa llevó un cigarro hacia sus labios, aspiró, golpeó y luego botó una gran bocanada de humo (casi como el inicio del que expulsa su moto por el tubo de escape) colocando sus labios en forma de una O muy delicada. Se movía. Estaba intranquila. Llamaba por teléfono, reorganizaba, necesitaba que todo quede perfecto. Consiguió que por primera vez la municipalidad de la Esperanza apoye la marcha donando un carro alegórico.

La marcha empezó. Luisa tomó la banderola principal —encabezaba a todos los grupos que conforman al colectivo TGLB— sonreía a las cámaras y a todas las personas. Se mostraba respetuosa con todos: “representa una autoridad”.

El pasacalle terminó en La Concha acústica luego de un largo recorrido. Ahí se dio una serie de espectáculos para todos los asistentes. La regidora subió al escenario durante distintos momentos del show para hablar sobre el colectivo, el apoyo de organizaciones y de la ordenanza de la igualdad, de la tolerancia, por la cual lucha desde que recibió las credenciales como regidora.

En su primera intervención, Revilla demostró lo que es. Se quitó los tapujos.

—Está muy chiquito para mí— dijo Luisa al modificar la altura del parante del micrófono. Lo hizo con clara

*...Me trataron de la Revilla, nunca
me trataron de hombre, siempre he
sido la reina para mi sección de colegio
primaria, secundaria...*

doble intención. El público se rio, festejó la broma. Fue en aquel momento, en el que solo estaba presente el colectivo TGLB, que ella pudo ser quien es, sacarse el disfraz de autoridad y quedarse con el que se acerca más a lo que siente ser, la mujer transgénero Luisa Revilla Urcia.

En el lugar también se encontraba la madre de Luisa, Carmen Elena Urcia Tantalán, quien es muy importante para ella, permaneció al lado de su hija y fue invitada a subir a dar unas palabras. Es muy significativo para las minorías sexuales el apoyo, en primer lugar el de sus padres.

—Mi hijo sufrió muchísimo por la incomprensión de la familia, pero al fin y al cabo en esta vida todo pasa y la felicidad más grande es tenerla a mi hija, ahora Luisa Revilla, tenerla, que sea siempre mi apoyo en todo el tiempo de mi vida y para mi vejez; les ruego a todas las madres que quizás no comprenden a sus hijos lo que les ha tocado vivir, les ruego que tengan un poco de paciencia, que no se ocupen de las cosas negativas que dice la gente, al contrario ellos necesitan demasiado apoyo de la madre y mucho más del padre, pero la vida nos da muchas sorpresas— dijo Carmen causando en su hija gran emoción.

Luisa miró a su madre, aguantó el escape de la emoción y volvió a mezclarse con el público junto a su madre.

Era día feriado, se conmemoraba a dos santos católicos, San Pedro y San Pablo. Luisa me recibió en su casa —esta vez sí, hablaríamos—, pero no pasamos más allá de donde guarda su moto y de donde está la mesita que utiliza para leer el tarot, de la primera habitación.

—Es algo de familia, viene de generaciones. Ahí he leído las cartas a varios políticos. No puedo decirte nombres— sonrió; tenía el mismo aspecto que el del primer en-

cuentro: nada de detalles —siéntate— dijo señalándome un banco de plástico blanco.

Luisa se sentó frente a mí con las piernas cruzadas, se arregló el pelo, —¿qué quieres saber?— preguntó.

—Problemas internos.

—Primero fue la lucha interna en mi pensamiento, en mi cuerpo; dándome cuenta de que yo era una persona diferente, que lo que yo hacía para mis padres y para la sociedad en ese momento era malo. Tenía que esconder mi verdadero yo, dar a demostrar a la sociedad que sí, que efectivamente ellos tenían razón y yo era que se equivocada. Ja ja ja— su risa era una especie de trabajo constante para no exagerar. Sus confesiones eran tranquilas.

Revilla desde la niñez tuvo que realizar el desplazamiento complicado en el plano interno de su vida, desde una posición de género impuesta religiosa, familiar, social y políticamente hacia otra con la que se identifica de forma plena: mujer trans, una persona que se siente mujer, actúa, se viste y comporta como tal, pero nació con un pene colgando entre las piernas.

—Mi familia también se opuso a mi construcción de una mujer trans. Tuve muchos altercados y problemas, y no los culpo porque es su formación. La heteronormatividad, el machismo y el patriarcado que existe originó los conflictos entre nosotros.

Su padre y su madre se separaron cuando ella tenía un año. Su padre, Luis Salcedo Revilla Mesía, es abogado, ha sido vocal de la corte y fiscal y jamás aceptó que su hijo sea un “afeminado”. Su madre, Carmen Elena, en primera instancia no aceptó lo que pasaba con su hijo.

—Cuando era niña, pues me vestía de dama, me ponía los zapatos de mi mamá, me ponía los vestidos de ella,

—Siempre he sido plato de primera, jamás he sido plato de segunda. Muchos hombres han llorado por mí. Me enamoraban, me cortejaban— se tomó de la cintura e hizo un ademán de “mira todo esto” y se ríe.

lo hacía a escondidas y cuando ella llegaba me veía el ojo negro. Que ya “otra vez te estás pintado. Que ya... mira” y nunca había el crimen perfecto. Y decía que si mi padre me encontraba con...—sonó el celular que está adentro, fue a contestar rápidamente y regresó —con esto no— completó lo que decía antes del timbre del fono señalando sus ojos pintados. —Ja ja ja—.

Pero su madre no sabía qué hacer, debía “curar” a su hijo, así que lo llevó a su padre, para ver qué solución podían darle al “problema”.

—Me hicieron un tratamiento hormonal, me llevaron al psicólogo— dijo calmada, no hay cambio de gestualidad, pero sí profundidad en su mirada —él por la vergüenza, él quería rescatarme, ¿no?

No le guarda rencor a nadie. Al menos es lo que dice siempre.

—La fe que tengo en Dios me dio mucho valor, entendimiento, comprensión y pude discernir y disculparlos por el daño que me hicieron en aquel momento.

Sin embargo, en la adolescencia Luisa se enteró de que le había inyectado hormonas masculinas y trató de contrarrestar el efecto inyectándose hormonas femeninas. No tuvo efectos, pues sus hormonas masculinas habían sido repotenciadas.

—¿Cómo es la relación con tu padre y tu madre?

—La relación con mi padre no es buena, tampoco es la peor, pero me quiero abstener de todo eso.

—¿Pero de niña?

Luisa juntó sus dedos como para coger la cremallera imaginaria que formaban sus labios y los cerró.

Carmen apareció en el lugar y saludó amable. Se disponía a salir a la calle.

—Chau mamita, cuídate— le dijo Luisa y le estampó en la frente un beso profundo.

—¿Y su madre que es para usted? ¿Cuánto tiempo tuvo que pasar para que aceptará a Luisa?

—Mi madre es lo más sagrado después de Dios, tiene 74 años y es mi adoración, la amo. Hace 10 años recién aceptó.

—Aún no la puede llamar Luisa

—Es cuestión de costumbre, aunque ahora más me dice hija. Pero siempre me jode y me encanta que lo haga, porque es una manera de demostrarme que está bien. Además es mi madre, ella puede llamarme como quiera

Dentro de las cuestiones externas a la familia, está el ámbito en que todo adolescente tiene su más importante desenvolvimiento: el colegio. Ahí es donde el adolescente empieza a presentar los cambios tanto en el nivel psicológico y social. Luisa estudió en diferentes colegios, pues vivió en diferentes lugares. En cada sitio era igual “la lucho, la Revilla, etc.”

—Me trataron de la Revilla, nunca me trataron de hombre, siempre he sido su reina para mi sección de colegio primaria, secundaria— sonrió con orgullo —tuve oportunidad de viajar a Lima, estudié en Lima en dos oportunidades el colegio, conocí a una persona por la quien por primera vez sentí lo que es enamorarse, era una persona que me trató de una forma muy sana— especificó que fue muy puro— yo viví siempre una etapa de mujer.

El amor es una cuestión difícil de explicar, pero Luisa ha tenido varias parejas. Actualmente tiene una relación de más de 8 años con un hombre que ella considera “maravilloso”, que la adora y debe ser por alguna razón (tal vez amor). Y deja bien claro que ella ha sido, es y siempre será



“la mujer”.

—No soy moderna, soy pasiva y, a veces, dicen que las relaciones entre dos personas modernas o bisexuales son las que duran más; sin embargo, puedo precisar que yo tengo ocho años con él y yo sigo siendo la pasiva de siempre como mujer que soy.

Luisa y casi todas las personas que pertenecen al colectivo TGLB tienen un carácter único, jocosos.

—Siempre he sido plato de primera, jamás he sido plato de segunda. Muchos hombres han llorado por mí. Me enamoraban, me cortejaban— se tomó de la cintura e hizo un ademán de “mira todo esto” y se ríe.

Luis Alfredo nunca tuvo la necesidad de un impulso para mostrarse como verdaderamente sentía ser: Luisa. “Desde niña he sido así”, dice, y lo que sí ha tenido que realizar es disfrazarse en muchas ocasiones como ese ser que quería dejar enterrado: Luis. Una de esos momentos indeseables ha sido cuando ha tenido que trabajar como coordinador de OBE (Orientación y Bienestar del Educando) y profesor en el Gustavo Ríos. Sin embargo, siempre mostró respeto y también se lo dieron a él (ella). Pero fue una verdadera contienda contra los instintos naturales.

—Luchaba. Habían chicos que sospechaban. A veces tenía que dictar clase hora después de haber terminado educación física y te puedes imaginar que llegaba allá... y estaban con todas sus cosas y sus posturas... y al comienzo tenía un poco de recelo, dejaba que ellos terminen...— hablaba con las manos, como dibujando el momento con sus dedos.

Dejó el magisterio porque se sentía limitado, no quería trabajar más para nadie, pero sobre todo ya no quería llevar más la careta del ser que naturalmente era, pero no sentía ser.

—Puse mi negocio de Nintendo y play (playstation), el cual ya lo tengo 14 años y lo he ido implementando con

las nuevas tecnologías. Fue ahí que me di cuenta de que podía administrar. Ahí empezó mi labor social cuando ocurrió el paquetazo— mencionó inflando el pecho.

La labor social que ha realizado Luisa Revilla Urcia es muy amplia y esta es una de las razones por la cual entró en el campo político.

Para la transformación total de un hombre en mujer o de una mujer en hombre, el requisito más importante es un cambio de sexo que, en términos coloquiales, se resume a: la mutilación quirúrgica del pene y siguiente creación de una vagina o, al contrario, el injerto de un pene luego de cerrar una vagina. Pero para Luisa Revilla esto no es necesario.

—No me mutilaría, Dios me mandó así y así me iré— respondió a un medio de prensa televisivo que le realizaba un reportaje.

Después de su elección como Regidora del Consejo Distrital de la Esperanza, Luisa fue asediada por medios de comunicación locales y nacionales, puesto que como ella escribió en su cuenta de Facebook su juramentación significó un hito histórico en el Perú “[...] Se juramentó por primera vez en la historia a una mujer transgénero como autoridad elegida por el pueblo, aquí en La Esperanza - Trujillo, en el departamento de La Libertad, demostrando al resto del país y el mundo que estamos aprendiendo a vivir en tolerancia y luchando contra la discriminación con oportunidad para todos. Seguiremos avanzando en esta lucha por la igualdad de derechos [...]”

Luisa seguirá siendo Luisa por el resto de su vida.

—Yo pienso que tengo una misión en este mundo, que sigo siendo la misma persona de siempre, muy luchadora, combativa y que no me amilano ante nada, defendiendo lo que es justo y correcto. Apoyo, que sigo siendo la misma persona que apoyo al que me necesita sea el malo o el bueno. Yo veo al ser humano.